

## La tragedia de un mundo sin tragedias

Cuenta la gente  
Allá en el pago  
Lo sucedido entre dos hermanos

Cuando él volvía  
De la jornada  
Agua y comida jamás encontraba

Cansado un día  
De soportarla  
La llevó al monte para castigarla

Con triste grito  
Busca a su hermano  
Kakuy se llama y vive penando

Sobre de un árbol  
Ella esperaba  
Mientras el mozo de allí se alejaba

A su reclamos  
Los llevó el viento  
En su garganta, quejumbre y lamento

Esta leyenda  
No hay que olvidarse  
Que los hermanos no dejen de amarse

Con triste grito  
Busca a su hermano  
Kakuy se llama y vive penando

Me encuentro escribiendo estas líneas en un momento donde, en la ciudad en que resido, se reporta un homicidio cada 27 horas aproximadamente. Probablemente y jugando con lo expresado al final de la chacarera, la elección de este tema esta condicionada por la necesidad de buscar hermanos/pares/colegas que puedan pensar el Misterio del ser humano y sus actos, con la firme convicción de contribuir al conocimiento, la riqueza humana y a la construcción de un mundo humanamente más bueno y habitable.

La palabra violencia etimológicamente responde a la idea de fuerza y abundancia. Es decir, queda emparentada con la capacidad, por

superioridad o por exceso de influir y modificar algo. Por lo tanto, resulta insoslayable suponer a un otro u otra cosa a quien se le aplica o se le deposita dicha fuerza.

Piera Aulagnier, diferenciará una violencia primaria, asociada con una función estructurante y necesaria, de una violencia secundaria que representa una acción excesiva y desobjetalizante. Siguiendo esta línea, a beneficio de inventario, podríamos suponer entonces que el problema ya no reside en la violencia en sí, es decir en el uso asimétrico de la fuerza, sino en la malicia que por voluntad, incapacidad, impericia o desconocimiento se impone sobre un otro.

Corrido este primer obstáculo y continuando por esta senda, San Agustín define el mal como la ausencia del bien, es decir, como algo insustancial que tiene una potencialidad destructiva y que opera degradando al objeto, colmándolo de aspectos rechazados y peligrosos. El mal, en última instancia, puede ser pensado como un empeño realizado para oponerse al conocimiento. Es un daño al bien, a la verdad, un ataque al vínculo que no tolera la frustración y corrompe la esperanza, dejando como consecuencia una sociedad sin futuro. El pecado original es quizá la escena por excelencia en donde puede observarse tal acción.

G. Deleuze, en una serie de conferencias que se agrupan en un libro titulado "En medio de Espinoza", retoma el mito de Adán y plantea la siguiente hipótesis: Adán no fue castigado por el incumplimiento de una norma. No comerás de ese fruto. Adán se envenenó. Al comer el fruto, perdió potencia. Desoyó la revelación Divina que le advertía del peligro y se envenenó, se destruyó, se propinó un mal. No fue un castigo, fue una conducta destructiva hacia la fuente proveedora de amor y principalmente hacia sí mismo. M. Klein postula que la envidia es intrínseca a la condición humana y que no depende de la frustración. La envidia del recién nacido podríamos decir, deriva en la destrucción fantaseaba del objeto bueno interno y en ansiedades persecutorias por haber destruido la fuente de amor y subsistencia. El hombre es víctima de su propia naturaleza. Para Klein, el envidioso no solo quiere obtener toda la riqueza del mundo sino que además, quiere destruirla. Si el sentimiento envidioso es

muy profundo y va constituyendo un self grandioso y vacuo, el hombre no tendrá otro destino que oponerse al conocimiento y al conocimiento de sí mismo. Pepe Silberstein, nos decía que el sadismo, la voracidad y la envidia, como expresión cabal de la pulsión de muerte, son aquellos aspectos del self que podemos caracterizar como negativos y que el pecado original nos da a entender que desde el mismo momento del nacimiento estamos sujetos a un estado de maldad interior. Por su parte, Milton, en el Paraíso Perdido, pone en boca del Demonio la siguiente frase: "Así pues, adiós esperanza y con la esperanza adiós temor, adiós remordimiento. Puesto que todo bien ya está perdido para mí, o mal se mi bien". En este caso extremo, podemos ver claramente la destrucción del deseo por la verdad y el aniquilamiento de la disponibilidad para el amor.

Si me permiten emparentar el mal con la envidia, podemos pensarlo como un ataque al bien, al conocimiento, a la verdad. Es un vicio que nos priva del bien y del reconocimiento hacia aquellos que nos han brindando amorosamente algo. Podríamos decir que esta característica humana atenta contra el desarrollo de la potencialidad esencial, convirtiendo al amor y a Eros en un estertor. Amar a alguien implica establecer un vínculo libidinal profundo e intenso con ese otro. Entablar una relación, en este sentido, requiere aceptar la dimensión trágica y conflictiva de la vida, además de toparse con lo totalmente otro de otra persona. El mundo de hoy opta, cada vez más, por los inmediatos intercambios placenteros, que a diferencia del amor, prescinden de la dimensión trágica o conflictiva. Los vínculos se tornan inoportunos. Portadores de displacer y conflicto se evitan bajo promesa de un estado ideal y con la firme convicción de una vacua sabiduría. El otro, en tanto otro desaparece, se desvanece en pos de la positividad de lo igual. Lo distinto es fuente de angustia pero también de crecimiento. El infierno de lo igual alimentado del me gusta entroniza a su Yo engordado a puro eco y desnutrido de sentido e identidad.

Solo lo amado se convierte en un espacio, en un lugar capaz de ser habitado y en un lugar cargado de historia y simbolismo. Lo disfrutado, en términos del puro placer, muere con el estímulo,

tornándose navegable pero no habitable. Carente de profundidad, vive de la inmediatez y el impacto. No permite la demora ni la contemplación. No se transforma en historia sino que parece como las historias de las redes sociales. Dura lo que el sueño de Cenicientas. Amar comprende perder. Amar supone dañar y reparar. Como la vida, que también implica inexorablemente la muerte. Quien ama la vida la perderá. Perder, hoy no es una opción. No se puede perder lo que no se tiene. Rápidamente hay que soltar. Uno tiene que fluir Hacia dónde? No lo sé.

Por otro lado y tratando de continuar con la reflexión sobre el tema que nos convoca, podemos pensar a la sociedad actual como una sociedad sin futuro. Es decir, una comunidad que se ha alejado del culto de la Areté, de la virtud, de la dignidad y del honor. En el marco de un mundo sometido a los designios de un narcisismo destructivo, la vida se ha tornado vacua y contingente. Carente de referencias y coordenadas generadoras de estabilidad, el Yo, hipertrofiado por el exceso, la falta de límites y la tiranía del Placer ha cedido su libertad y capacidad. Somos, cada vez más incapaces de alojar, dentro nuestro, las necesidades de los demás (sobre todo de los más chicos) para transformar, como dicen bellamente D. Sor y otros en Introducción a las ideas de Bion, El hambre en satisfacción, el dolor en placer, la soledad en compañía y el miedo de estar muriendo en tranquilidad. Así como el mundo es para nosotros, nosotros somos, para nuestros hijos, cada vez menos capaces de brindar un continente que ayude a metabolizar los avatares de la existencia y devolver elementos apropiados para pensar, soñar, recordar o ejercer funciones intelectuales. El hombre de hoy, en general, es un ser tristemente limitado en garantizar la seguridad y estabilidad necesaria para que su hijo pueda experimentar la vivencia de una existencia sostenida en el tiempo.

En el mundo de hoy, parece no existir demasiada energía para los otros. El culto por el placer, la diversión y lo individual entorpece enormemente la capacidad para pensar, contemplar, comunicarse y comprometerse. La pérdida de la dimensión conflictiva y trágica de la vida nos ha dejado al asecho del infierno de lo igual y lo

positivo. En ese sentido, la violencia ha mutado, se ha tornado invisible. La fuerza de la coerción ha virado hacia el miedo a la cancelación o al ostracismo. En la era de lo ilimitado, la libertad es paradójica y el hombre un esclavo. Los conceptos de sencillez, bondad y sabiduría no son tenidos en cuenta y el juicio moral ha sido suspendido por la imposición de nuevos valores por parte de las masas. El idiota griego, es decir, aquel que creía que podía ser libre sin la participación en la vida pública rebasa la escena pública. El hombre mediocre de J. Ingenieros es figurita repetida en cualquier barrio. Preocupado por su individualidad, tibio y políticamente correcto es incapaz de hacer historia e intentar dejar un mundo mejor para sus descendientes.

Nuestra tragedia diaria es la de vivir en un mundo sin tragedias.. un mundo imposibilitado de dimensionar el conflicto y la existencia. Vivimos pensando pero anestesiados. Estamos fallando, como especie, en generar un espacio, un continente capaz de captar y alojar los contenidos vertidos que busca encontrar una forma y reclaman sentido. Hemos pervertido la potencialidad comunicativa y la capacidad de captación de los estados mentales y sobre todo, hemos degradado la capacidad para brindar una respuesta acorde a las necesidades. En vez de transformar el caos en orden, en vez de brindar sentido, simbolización y significado a la vida nos hemos empeñado en destruir nuestro Paraíso. Nos estamos envenenando, estamos perdiendo potencia humana y parece que lo único que hacemos es lamentarnos sin mucha profundidad.

Muchas gracias.